

la república. En Roma, uno de sus deudos dedicó un templo á una nueva divinidad, á la Inteligencia, á la Mente (*Mens*), y Ennio consagró su memoria con los famosos versos que Virgilio tomó de él: «Un solo hombre ha restablecido nuestros negocios, contemporizando.»

Por un momento hubo de temerse una coalición de todo el Occidente; pero en España multitud de pueblos se pasaban á los romanos; en la Cisalpina, satisfechos los galos de verse otra vez libres, olvidaban á Aníbal, como la misma Cartago, que sólo enviaba algunos barcos á piratear en las costas, donde muy luego les daban caza las flotas de Sicilia y de Ostia. Una escuadra romana, que los había perseguido



La Victoria (1)

hasta el Africa, hubo de tomar de paso la isla de Cosura (Pantellaria) y cobrar en la de Cercina una crecida contribución de guerra. En todas partes, menos delante de Aníbal, tomaban los romanos la ofensiva y disposiciones audaces. El pretor de Sicilia, Otacilio, tenía orden de pasar al Africa; los Escipiones recibían recursos; Postumio Albino, al frente de un ejército, vigilaba á los Cisalpinos, y se enviaban embajadores á Filipo de Macedonia para exigir la extradición de Demetrio de Faro, que lo impulsaba á la guerra; á Pineo, rey de Iliria, para reclamarle el tributo, cuyo pago demoraba; á los ligures para pedirles cuenta de los auxilios suministrados á los cartagineses.

Hay grandeza en esta conducta del senado, que en medio de una guerra formidable que ruge á las mismas puertas

(1) Estatua del Museo del Louvre llamada la Victoria de Brescia.

de la metrópoli, lleva su atención á los países más lejanos, y no permite que se dude un momento ni de la fortuna ni del poderío de Roma. Aquel senado tan altivo enfrente del extranjero, se mostraba conciliador con el pueblo; les recordaba á todos la necesidad de una mutua confianza, erigiendo un nuevo templo á la Concordia, y lo erigía en el recinto de la ciudadela á fin de que todos comprendieran que la fuerza de Roma dependía de los sentimientos inspirados por esta divinidad.

Los cónsules que, después de la prodictadura de Fabio, mandaron el ejército en los últimos meses de 217 y en 216, siguieron la táctica del prodictador, y esta prudente conducta habría arruinado sin duda á Aníbal. Pero los dominadores de Italia, que tenían fuerzas dobles, ¿podían á vista de los aliados rehusar siempre el combate? Hase condenado, después de los sucesos, á Sempronio y á Varrón y el recuerdo del Trebia y de Canas pesa sobre su memoria. Sin embargo, el pueblo, el ejército y acaso la verdadera política pedían una batalla. El senado mismo se pronunció en este sentido; pero se necesitaba un caudillo hábil, aguerrido, experto; y si la nobleza pudo hacer que se eligiera á un discípulo de Fabio, á Paulo Emilio, que ya se había distinguido en las guerras de Iliria, el partido popular le dió por colega á su jefe, hijo de un carnicero, á Terencio Varrón, que en su vida había visto una batalla. La unión era indispensable entre ambos jefes, y Paulo Emilio y Varrón, enemigos políticos (2), continuaron en el ejército sus discordias y contiendas, queriendo el uno combatir siempre, y el otro aplazar, dar largas. Como el mando era alternativo diariamente entre los cónsules, Varrón condujo el ejército tan cerca del enemigo que se hizo imposible la retirada, y al amanecer, mandó desplegar delante de su tienda su clámide de púrpura en señal de próximo combate. Tenía ochenta mil infantes (3), y á pesar del amargo recuerdo de las tres batallas ya perdidas, solamente seis mil jinetes. Para un ejército de cincuenta mil hombres tenía Aníbal diez mil caballos (4). Sus fuerzas pues eran menores que las de los cónsules; mas no por eso dejó de atraerlos al campo de batalla que había elegido en Canas de la Apulia, cerca del Ofanto (*Aufidus*) en medio de una inmensa llanura, favorable á su caballería y en una posición en que el sol y el aire también lo favorecían (5).

En esta llanura rasa parecía imposible una emboscada; pero quinientos númidas escogidos se presentaron como tránsugas y en la batalla acometieron la cola del ejército romano. En Canas, como en Trasimeno, como en Trebia, el menor número envolvió al mayor. Para oponer más resistencia á la caballería enemiga, había disminuído Varrón la extensión de su línea y aumentado su fondo. Con esta disposición, muchos soldados venían á ser inútiles.

Aníbal, al contrario, dió á su ejército un frente igual al del enemigo, y lo extendió en forma de media luna, de ma-

(2) Pasamos en silencio las declamaciones de Varrón y de Herenio sobre la traición de los nobles que querían eternizar la guerra. En aquella época era absurda esta reconvencción; veinte años después será racional.

(3) Diez mil habían quedado en los dos campos consulares.

(4) Tito Livio exagera de intento la posición crítica de Aníbal antes de la batalla. No tenía, dice, víveres sino para diez días; los españoles, ante el amago del hambre, estaban dispuestos á hacerle traición, y Aníbal pensaba ya en volver á Galia. Nada de esto dice Polibio, que lo presenta en Gerunium, de que se había apoderado, haciendo inmensos almacenes, y tomando pocos días antes de la batalla el castillo de Canas donde los romanos tenían sus provisiones de boca y de guerra. La misma toma de Canas fué lo que decidió al senado á permitir el combate. Fuera de esto, Aníbal, con su caballería, hubiera encontrado siempre víveres.

(5) Los romanos estaban de cara al mediodía. (Tito Livio y Polib.)

nera que el centro compuesto de galos sobresalía de la línea de batalla. A espaldas de estos, los veteranos de Africa formaban una curva entrante cuyos extremos iban á tocar la caballería situada en las dos alas del ejército.

Mientras los romanos atacaban á los galos con furor, y los galos dirigidos por el mismo Aníbal, retrocedían poco á poco sobre la segunda línea de batalla, Asdrúbal con sus jinetes africanos y españoles, reunidos en masas profundas, abrumaban la caballería legionaria por la izquierda, y Magón con los númidas dispersaba la aliada por la derecha. Dejando luego á los númidas perseguir y acabar á los que no

habían caído al primer choque, atacó Asdrúbal por la espalda á la infantería romana, cuyas alas rebasaban ya los africanos por el movimiento de retroceso de los galos.

Envueltos así por todas partes los ochenta mil romanos, muy luego no formaron más que una masa confusa, espantada, jadeante, en que no se perdía un golpe y sin poder devolverlo. Según la cuenta de Polibio, setenta mil romanos y aliados (1), con uno de los cónsules, Paulo Emilio, que no quiso huir, sus dos cuestores, ochenta senadores, algunos consulares, entre ellos Minucio y uno de los cónsules del año precedente, veintiún tribunos legionarios, y en fin, una



Ruinas de Canas (2)

multitud de caballeros quedaron en el campo de batalla (2 de agosto, 216). La nobleza romana pagaba á la patria con largueza la deuda de la sangre.

Aníbal no había perdido más que seis mil hombres, de los cuales eran galos cuatro mil. Este pueblo era el instrumento de todas sus victorias.

Más tarde se atribuyó al famoso adivino Marcio, que vivía antes de la segunda guerra púnica, una predicción de esta gran derrota:

«Romano, hijo de Troya, huye del río *Canna*; guárdate de que los extranjeros te obliguen á empeñar batalla en el campo de Diomedes. Pero no me creerás hasta que hayas empapado la tierra en tu sangre, hasta que tus conciudadanos hayan caído á millares, hasta que el río se lleve sus cuerpos lejos de la fecunda tierra para que sean pasto de las aves carniceras, de las bestias feroces de sus orillas y de los peces del mar. Así me ha hablado Júpiter.»

Esta profecía, más precisa que las que preceden á los

(1) Es la cuenta de Polibio. Tito Livio (XXII, 49) apunta en la suya 48,200 muertos y 3,300 prisioneros hechos en el campo de batalla; y hace subir á 8,000 el número de los muertos del ejército cartaginés, que Polibio (III, 117) reduce á 5,700.

(2) Sacado de la Biblioteca Nacional. El arco cuyos restos se ven e llama infundadamente *Arco de T. Varrón*.

acontecimientos, daba satisfacción al orgullo nacional, y servía á la vez la política del senado, que tenía interés en que se diera fe á los oráculos. Roma quería ver en su derrota, no un desfallecimiento de su valor, sino un decreto del destino; cedía la victoria á los dioses mucho más bien que á Aníbal, y al mismo tiempo fortalecía un precioso instrumento de gobierno, la fe en la ciencia adivinatoria, haciendo entender que el adivino había visto el por venir.

La batalla de Canas quitó más fuerza á los romanos que diera al vencedor. Algunos pueblos de la Campania y de la Magna Grecia se declararon por él; pero á condición de darle menos hombres y subsidios de los que suministraban á Roma; y Cartago, que no veía en esta expedición tan atrevida más que una útil diversión, lo abandonaba á sus propios recursos (3). Debilitado por sus propias victorias, se verá obligado á dividir sus fuerzas, si quiere proteger las ciudades que se le han entregado, con lo cual tendrá un ejército demasiado flaco para renovar la lucha de Trasimeno y Canas.

Por otra parte, hechos prudentes por la experiencia, los

(3) Durante toda esta guerra no recibió Aníbal de Cartago más que diez mil hombres.

cónsules harán depender la salud de la república de seguir el sistema de Fabio. ¡Cosa extraña! la gran guerra ha terminado en Italia después de la batalla de Canas. Desde ahora, no habrá ya más que sitios de ciudades, estratagemas, una multitud de ataques y agresiones sin resultado. Aníbal se mostrará en esta guerra de posiciones el más hábil capitán de la antigüedad. Pero la lucha no tendrá ya sino un interés secundario, sin la grandeza del espectáculo que da ese hombre abandonado de los suyos, en medio de un pue-

blo enemigo, enfrente del pueblo más bravo y el mejor organizado que hubiera entonces, y que durante trece años sabrá dominar la indisciplina de sus mercenarios, sostener la vacilante fe de sus aliados, ocupar solo las mejores tropas de Roma, y todavía remover el mundo con sus negociaciones, sublevar á Siracusa, á Sicilia y á Cerdeña, llamar á sus hermanos de España, á Filipo, de Macedonia, al corazón de Italia, donde los espera para abrumar á Roma con el peso de Africa y Europa reunidas contra ella (1).

CAPITULO XXIV

Continuación de la segunda guerra púnica

DE LA BATALLA DE CANAS Á LA DEL METAURO (216-207)

I. — MEDIDAS TOMADAS EN ROMA, DESPUÉS DE CANAS. — DEFECCIÓN DE CAPUA.

«Déjame tomar la delantera con mi caballería, decía á Aníbal la noche de la batalla uno de sus oficiales, y dentro de cinco días cenarás en el Capitolio.» Pero nunca un ejército de mercenarios ha sacrificado en honor de su caudillo, aun el más amado, el día siguiente de una victoria. Para pedir mucho á tales soldados, es preciso también darles mucho. Aníbal los dejó recoger el botín, despojar á los muertos, vender sus prisioneros, y celebrar su triunfo en prolongadas orgías. Sabía además que entre él y Roma había una distancia de ochenta y ocho leguas, y ríos, montañas, plazas fuertes, un país mal dispuesto para él, y después de todo esto, una ciudad inmensa defendida por altas murallas, por un foso de cien pies de anchura y treinta de profundidad, y detrás todo un pueblo en armas.

El dolor de Roma era activo: pasado el primer momento de estupor, resonó la ciudad con el ruido de los preparativos. Fabio, escuchado como un oráculo, prescribió á las mujeres que se encerraran en sus casas para no hacer flaquear el valor de los hombres con sus lamentos en los templos; á todos los hombres válidos, que tomaran las armas; á los jinetes, que exploraran los caminos; á los senadores, que recorrieran calles y plazas para restablecer en ellas el orden, poner guardias en las puertas é impedir que nadie saliera. Y para acabar pronto con el dolor, se ordenó que el luto no pasara de treinta días. No fueron olvidados los dioses: los hábiles del senado tenían que reanimar la confianza dando satisfacción á las supersticiones populares. Una embajada conducida por Fabio Pictor, fué á Delfos á consultar á la Pitonisa, y el dios de la poesía y de la luz no dió sin duda más que patrióticos consejos, como los oráculos que había dado en favor de los griegos, durante la guerra Médica; pero las divinidades romanas eran de humor más sombrío: entre las expiaciones religiosas, las hubo crueles: dos vestales, acusadas de adulterio, fueron enterradas vivas en el campo del crimen, *campus sceleratus*; dos galos y dos griegos tuvieron la misma suerte. La casta é implacable Vesta, vengado su honor, iba á volver en medio de su pueblo fiel, y se creía que las divinidades infernales, aplaca-

(1) Si se me pregunta, dice Polibio, quién era el alma de esta guerra, diré que Aníbal. (IX, fragm. 7.) Por desgracia perdimos aquí á este concienzudo historiador: después de la batalla de Canas, no quedan de él más que fragmentos.

das por el abominable sacrificio, cesarían de reclamar tantas víctimas humanas.

Pero el año maldito no había acabado: habían pasado pocos días, cuando se supo que una flota cartaginesa devastaba los Estados de Hierón; que otra escuadra esperaba en las islas Egatas la partida del pretor para sorprender á Lilibea; en fin que uno de los cónsules designados, Postumio Albino, atraído por los cisalpinos con su ejército á una emboscada, había perecido en ella y que su cráneo, rodeado de un círculo de oro, servía á los sacerdotes boyos para hacer las libaciones en los sacrificios. Pero después de la catástrofe de Canas, estas nuevas desgracias parecían ligeras. El valor, por otra parte, se había enardecido y levantado: había dos legiones en la ciudad y todavía envió Marcelo 1,500 soldados de la flota de Ostia; y con una actividad y un golpe de vista que anunciaban al dichoso adversario de Aníbal, situó toda una legión en Teano Sidicino para cerrar el camino del Lacio.

Desde el principio de la guerra habían perecido más de cien mil romanos, habiendo reducido estas dos campañas la fuerza militar de Roma á una 7.^a parte. Sin embargo, nombrado dictador M. Junio Pera, levantó cuatro legiones, mil jinetes, ocho mil esclavos comprados á los particulares, y llamó los contingentes de los aliados. Faltaban armas é hizo despojar los templos y los pórticos de las que dos siglos de triunfos habían acumulado allí; y cuando Cartalón vino con los diputados de los prisioneros de Canas á hablar de paz y de rescate, corrió un lictor á su encuentro á impedirle la entrada en el territorio romano. Unos diez mil legionarios había en poder de Aníbal y el senado se negó á rescatarlos; otros se habían refugiado en Canosa y Venusia (2) y ordenó que fueran á servir á Sicilia, sin sueldo ni honores militares hasta que se expulsara de Italia á Aníbal.

Este patriótico heroísmo se asemeja á la crueldad. Roma trataba á sus prisioneros como culpables, y enviaba á los mercados de esclavos de las ciudades africanas y entregaba á todas las miserias y verguenzas de la servidumbre á aquellos hijos ó hermanos de los senadores, que combatiendo en Canas, se habían expuesto por ella á la muerte. Pero con estos rigores y severidades es como se salvan los pueblos:

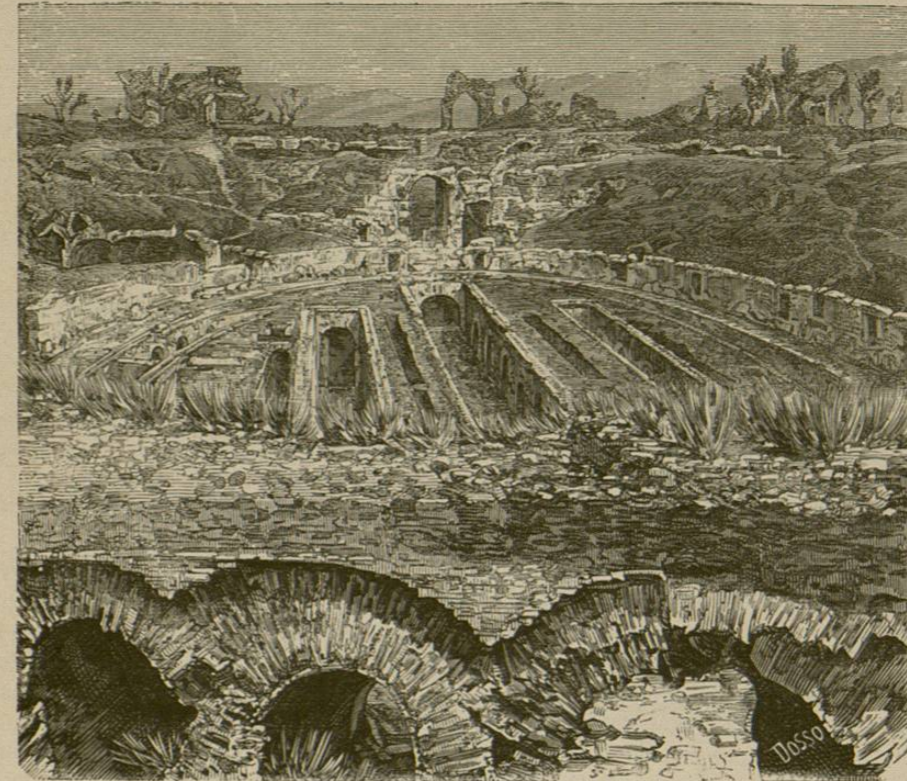
(2) Sabida es la narración poco verosímil del proyecto formado por los fugitivos de Canas de buscar asilo cerca de los reyes extranjeros, y que Escipión desbarató, amenazando con la muerte al primero que hablara de huir. Polibio no sabe nada de esto, bien que cuente detalladamente la juventud de Escipión. Después de Canas, Aníbal dió todavía libertad sin rescate á sus prisioneros.

el día en que Roma tomó resolución tan dolorosa, encontró en ella la fuerza sobrehumana que había de darle la victoria.

Aquellos hombres tan duros mostraron al mismo tiempo un admirable espíritu de conciliación. Olvidando sus agravios contra Varrón y las faltas de este cónsul popular, y hasta su huida del campo de batalla, el senado en corporación salió á recibirlo con todo el pueblo, cuando se acercaba á Roma, y le dió las gracias públicamente por no haber desesperado de la república (1). Esta magnanimidad política enaltece al senado, cuando se recuerda cuán suspi-

ces y crueles son las democracias en tiempos de grandes crisis. La composición de aquel cuerpo explica, por otra parte, esta moderación. Para llenar los huecos hechos en su seno por la guerra, se nombró un segundo dictador, Fabio Buteo, que inscribió en la lista, primero, los antiguos senadores, después los que habían ejercido magistraturas curules desde el año 221, los que habían sido tribunos, ediles, cuestores, en fin los que habían obtenido coronas cívicas ó ganado trofeos sobre los enemigos, en junto setenta y siete nuevos miembros.

Pero se rechazó con indignación la proposición que hizo



Parte inferior del anfiteatro de Capua (2)

Espurio Carvilio de tomar dos de los nuevos senadores de cada una de las ciudades latinas. Esta negativa fué una falta; en primer lugar, porque los latinos merecían la confianza de Roma, y luego porque si el senado hubiera aceptado esta resolución concediendo á todas las ciudades latinas el derecho de designar por sí mismas sus dos senadores, aquella asamblea habría venido á ser la representación real de la Italia entera, lo que hubiera podido salvar á la república y hacer el imperio inútil. Hasta el tiempo de Augusto, no tuvieron los romanos más que una constitución municipal, con el imperioso egoísmo de una ciudad explotando el mundo en su provecho. Con la proposición de Carvilio, así extendida, se habrían dado una constitución de Estado, donde hallándose los súbditos al lado de sus antiguos señores,

(1) Se le conservó el mando del ejército de Apulia y obtuvo luego el de las legiones del Piceno. En 203 fué uno de los tres embajadores enviados á Filipo; tres años después, fué con el mismo carácter al Africa, y luego condujo como triunviro una colonia á Venusia. Estos altos cargos y tan continuado crédito prueban que el vencido de Canas no era el demagogo de baja estofa que Tito Livio representa. Frontino (*Strategematon*, IV, 5 y 6) le es favorable; pero Polibio (III, 116) lo trata muy severamente.

(2) El anfiteatro de Capua era uno de los más vastos de Italia. Es sabido que Adriano lo restauró; pero no puede fijarse la fecha de su primitiva construcción.

habrían contenido una oligarquía ávida y turbulenta, cuyos mismos excesos la perdieron. Muy pronto expiará Roma esta falta, cuando doce colonias latinas le nieguen su concurso el año 209.

Entre tanto, la fidelidad de algunos pueblos del S. de Italia hubo de flaquear en presencia de tales y tantos desastres, y no teniendo ya Roma ejército para tenerlos á raya, se pasaron al enemigo: fueron estos los brucios, los lucanos, parte de los hombres de Apulia, los caudinos, los hirpinos, y en la Campania, Atela, Calacia y Capua (3).

Capua tenía de cinco á seis millas de perímetro, y en sus robustos muros se abrían siete puertas que correspondían

(3) Se ha exagerado mucho, según Tito Livio, la importancia de las defecciones que siguieron á la batalla de Canas. Dice, es verdad, *defecere... Atellani, Calatini, Hirpini, Apulorum pars, Samnites praeter Pentrios, Bruttii omnes, Lucani; praeter hos Surrentini et Gracorum omnis ferme ora, Tarentini, Metafontini, Crotonienses, Locrigue et Cisalpini omnes Galli* (XXII, 61); pero los libros siguientes obligan á corregir este pasaje. En la Apulia no se ven en poder de Aníbal más que Arpi, Salapia, Herdonia, Uxentum; las grandes ciudades Luceria, Venusia y Canosa quedaban por los romanos. Por samnitas hay que entender solamente los caudinos y los hirpinos, entre los cuales conservó Roma á Benevento. Los brucios obraban por su cuenta; los griegos del golfo de Tarento permanecieron fieles; Petelia no fué tomada sino después de una resistencia desesperada; Crotona, Locres, Consencia, des-